

MEDITACIÓN XIX

Efectos del S. Sacrificio de la Misa.

Contempla al Cordero divino sacrificado en el Altar que te invita á que apliques tus labios al torrente de sangre preciosísima que mana de su costado, diciéndote: Bebe, amigo, y embriégate con ella.

Punto I.—Observa que el V. Sacrificio de la Misa es eucarístico ó de acción de gracias, pues con Él damos al Eterno dignas gracias por los beneficios recibidos de su mano. Si repasas en tu memoria las mercedes generales y particulares que has recibido de la Bondad divina, verás que son infinitas. Dios ha sido contigo, quizá de un modo especial, pródigo y magnífico. Tu deber está ahora en retribuirle dignamente sus ricos favores; pero ¿cómo lo ejecutarás convenientemente? He ahí que Jesucristo, N. S., te depara el Sacrificio del Altar para que por su medio rindas gracias debidas y del mejor modo posible al Soberano Dueño de todos los seres. El Salvador, puesto de hinojos en la Hostia del Sacrificio, con la humildad más profunda, da por nosotros á su Padre gracias mil, y nosotros, unidos en espíritu á Jesús, podemos retribuirlas como conviene. No hay que decir que el Eterno queda complacido á la vista de los obsequios que le enviamos juntamente y por medio de su Hijo Santísimo.

La ingratitude es el vicio más deplorable entre los hombres; merced á él ha causado el Altísimo terribles estragos en los pueblos. La Escritura consigna (1) que, á causa de que los hebreos olvidaron las maravillas que el Señor obró en Egipto y en el mar Rojo y no le dieron por ellas las gra-

(1) Ps. CV.

cias debidas, abandonóles Dios á la esterilidad y á la miseria, y dejóles caer en manos de naciones bárbaras para que los esclavizasen duramente; ese mismo pueblo, por haber sido ingrato, ha quedado sin sacrificio, sin altar, y sin nación. También podrá enviarte á ti esos mismos ó parecidos castigos si te olvidas de serle agradecido por medio del Sacrificio del Altar, medio óptimo de retribuirlos. Gracias te doy, Señor mío, porque me has deparado ocasión tan favorable como la S. Misa para serte debidamente agradecido. Que no me olvide de ti para que me tengas siempre presente en todas mis necesidades.

Punto II.—Este V. Sacrificio es, además, propiciatorio; esto es: que Dios, en vista de su virtud asombrosa, obra la remisión de los pecados de los hombres. S. Cipriano le llamó: «Holocausto que purga las iniquidades.» Pero, debes advertir que perdona las culpas de diferente modo que lo efectúa el Sacramento de la Penitencia. Este Sacramento perdona los pecados *inmediatamente*, á saber: en el momento mismo que los penitentes, verdaderamente contritos y confesados, reciben la absolución; mas el Sacrificio de la Misa los remite mediante ciertos auxilios especiales que otorga á los que celebran, mandan celebrar ú oyen Misa, con los cuales, dichos penitentes se mueven al arrepentimiento de sus culpas y á la confesión de las mismas. No olvides, asimismo, que la S. Misa perdona inmediatamente las penas temporales debidas por los pecados ya confesados y perdonados. Pondera, cuán inmenso es este beneficio eucarístico, pues el Salvador quiere en la Misa perdonar tus pecados, si tú no te haces sordo á sus inspiraciones y llamamientos; y no sólo los tuyos, sino los de todos los hombres; porque así como el fruto del Sacrificio del Calvario fué universal, así también se extiende á todos los racionales el fruto del Sacrificio del Altar. He ahí cuánto te importa celebrar, mandar celebrar ó asistir al tremendo acto de la S. Misa para que el Señor, en vista de tus faltas, se mueva á compasión de ti y te las perdone ó te ponga en vía de ser perdonado. ¡Ah! qué bondadoso es Jesús, considerado des-

de este punto de vista! Su misericordia no tiene límites; su amor excede á toda ponderación.

¡Oh Jesús, sacrificado por mi bien! Juntamente con las gracias que os doy por esta merced tan valiosa, os suplico que, siempre que asista al Sacrificio del Altar, perdonéis mis pecados.—Ayudadme, oh María, Madre de los pecadores, ayudadme á sentir aborrecimiento de mis culpas. Amén.

MEDITACIÓN XX

Efectos del Santo Sacrificio de la Misa.

(Continuación.)

Figúrate que junto á Jesús, sacrificado en el Altar, hay un ángel que ostenta en su mano un cáliz lleno de sangre divina la cual vierte copiosamente sobre el Purgatorio.

Punto I.—Considera que el Sacrificio eucarístico, no sólo es propiciatorio por los vivos, si que también lo es por los que han muerto en amistad con el Señor. Tanto nosotros como los que gozan de Dios en el cielo y los que expían sus faltas leves en el purgatorio, somos hermanos y nos comunicamos unos á otros los privilegios comunes de hijos de Dios y de herederos de su Reino. Por esta razón las benditas almas del purgatorio participan de las buenas obras que practicamos los que aun peregrinamos por el mundo, siendo la principal Obra con la que podemos favorecerlas el S. Sacrificio de la Misa. Por consiguiente, la caridad exige quieras para los demás lo que quisieras para ti; y así como tú quisieras te aliviases tus penas si te encontrases en el caso de aquellas almas, de la misma manera debes ahora aliviar á ellas mediante esta Obra laudabilísima, precioso bálsamo que mitiga sus dolores y hasta cura sus llagas, disminuyendo ó haciendo cesar para siempre los horri-

bles tormentos que padecen. Persuádate que con ninguna otra Obra darás más gusto á Dios ni más provecho á esas almas que con la S. Misa, ya que durante la Misa Jesucristo enjuga sus ardientes y continuas lágrimas, extirpa sus graves dolores y las concede la hermosa herencia del cielo. ¿No quisieras tú, cristiano, si fueras al Purgatorio, que Jesús desempeñase contigo semejantes oficios? Pues oye la S. Misa por las almas que pueblan aquel lugar, y no dudes que si allí á parar fueres, los que te sobrevivan oirán Misa por ti, y con sus méritos te sacarán del Purgatorio.

Punto II.—Aunque el adorable Sacrificio del Altar posee virtud infinita, y su aplicación es infalible respecto de las almas del Purgatorio, empero la remisión de toda ó parte de la pena que deben sufrir en aquel lugar queda al arbitrio de la Voluntad divina. Es verdad que con un solo Sacrificio podíamos librar de sus penas á todas las almas del Purgatorio; pero el Señor no aplica siempre toda la virtud infinita del santo Sacrificio, sino toda ó parte según el beneplácito de su voluntad. He ahí por qué te debes aplicar á oír ó á celebrar muchas Misas por los difuntos, en la inteligencia de que cuantos más sacrificios aplicares por el difunto de tu devoción, tanto más cercano estará del puerto de salvamento ó con más facilidad se librá de toda la pena. Pondera, siquiera por un momento, los acerbos dolores y sufrimientos indescriptibles que experimentarán en el Purgatorio las almas benditas. ¿Quizá no te moverán á compasión? No arrancarás una lágrima á tus ojos y un suspiro á tu alma á la vista de sus penas y en beneficio de su libertad? Da gracias al Salvador por haber instituído un Sacrificio tan eficaz para librarnos de las cárceles de ultratumba. Propón, como fruto de esta meditación, mandar celebrar una Misa todos los años por las almas de tus fallecidos parientes, y oír una todas las semanas á su intención.

¡Oh Salvador de mi alma! Dadme voluntad de rogar por los fieles difuntos; y ¡Vos, Madre de mi vida! interceded por mí, á fin de que obtenga y me aplique los frutos de esta santa consideración. Amén.

MEDITACIÓN XXI

Efectos del S. Sacrificio de la Misa.

(Continuación.)

Contempla la triste escena del Calvario, y á Jesús, N. Señor, que vuelve su rostro hacia tí, al cual le pides favores como se los pidió el Buen Ladrón.

Punto I.—Es provechosísimo para nuestra alma el Venerable Sacrificio porque consigue á ésta las gracias necesarias para su salvación. Por esto reflexiona en primer lugar que Jesucristo en la S. Misa ejercita el oficio de Mediano entre su Padre y nosotros. Cuando el Redentor vivía en carne mortal, dice el Apóstol, era oído del Padre siempre que pedía algún favor para el hombre; pero ahora que está colmado de méritos, ¿no le otorgará cuanto solicite? Si á los reos, momentos antes de ser ajusticiados, se les concede por compasión lo que ellos piden ¿no se concederá esto mismo á Jesús cuando en la S. Misa hállese como reo dispuesto para ser ajusticiado incruentamente? En segundo lugar, siendo universal el adorable Sacrificio del Altar, son también universales sus efectos y, por consiguiente, universales sus favores respecto á todos los hombres; y puesto que el Apóstol nos avisa para que celebremos la V. Misa por todos los hombres, de ahí que debes rogar en ella por los justos para que se justifiquen más, por los tibios para que se enfervoricen, por los pecadores para que se les conceda la gracia santificante, por los herejes para que entren en el gremio de la Iglesia, por los infieles para que se conviertan á la fe, por los obispos, sacerdotes y religiosos para que den buen ejemplo, por los reyes y superiores para que gobiernen con acierto y por los súbditos para que obedezcan fielmente á sus mayores. En tercer lugar, sin la oración no podemos ser salvos, porque no recibiremos las gracias eficaces para el efecto; la oración es la llave del cielo

que abre sus puertas para que de él lluevan los favores divinos; y si en la Misa practicamos la oración fervorosa, entonces oramos con Jesús, quien nos alcanza las mercedes solicitadas, sobre todo las que perfeccionan el alma para conducirla á la eternidad bienaventurada. Gracias os doy, mi Jesús, por el trabajo que os tomáis por mí, rogando al Padre en la Misa. Que no me separe de Vos para que por Vos se me conceda la gracia en esta vida y la recompensa en la otra.

Punto II.—El V. Sacrificio de la Misa sirve, no sólo para alcanzarnos gracias espirituales, si que también materiales. Es este Sacrificio fuente de todos los bienes, entrando en éstos primero, los que directamente conduzcan á obtener la salvación eterna; y segundo, los que indirectamente ayudan á conseguirla. El Apóstol quiere que ofrezcamos sacrificios para conseguir una vida quieta y tranquila; y los antiguos Padres están conformes en que podemos ofrecer la Misa para lograr bienes temporales que no nos separen del camino de la felicidad verdadera. Reflexiona en primer lugar, cuán misericordioso es nuestro amante Salvador, quien, enseñándonos á despreciar las cosas de este mundo para mejor apreciar las del otro, y teniendo condescendencia con nuestra fragilidad, quiere que le pidamos salud, bienestar, buenas cosechas, fama, buen éxito en las empresas, conservación de la familia y que ahuyente al propio tiempo la esterilidad, el hambre, la peste, etc. etc. En segundo lugar, el medio más á propósito entre los divinos para conseguir los precedentes fines, consiste en la S. Misa, en la cual el mismo Jesucristo ruega con y por nosotros, y nos devuelve despachadas satisfactoriamente nuestras peticiones. Y aunque es verdad que debes pedir estas cosas en orden á tu salvación, empero, encontrándote en grave apuro, debes acudir con entera confianza al trono de Jesucristo, y en la S. Misa exponerle tus necesidades, para que Él las remedie, que el Señor sabe y quiere otorgarte por añadidura todos estos bienes después que le hayas solicitado y procurado su Reino. Pon todos tus buenos deseos en las manos de Jesús, y,

arrepintiéndote de las veces que así no lo has ejecutado, haz firme propósito de no pedir al Señor bien alguno temporal que no ayude al del espíritu.

¡Oh Jesús, inmolado por mi amor! Te doy las gracias por el beneficio pingüe de la S. Misa, y te pido que por su medio alcance lo que más convenga á mi alma y cuerpo. ¡Reina de los serafines! abogad por mí para que no descuide el gran negocio de mi salvación. Amén.

MEDITACIÓN XXII

Riquezas de la Santa Misa.

Imagina que sobre el Altar donde se celebra la S. Misa está abierta el arca de los tesoros celestiales, y que los ángeles, presentes á ella, te convidan á que tomes de ellos á discreción.

Punto I.—El adorable Jesús ha cifrado en el bello Sacrificio de la Misa todos los tesoros de su Omnipotencia y quiere dispensarlos generosamente. En primer lugar, distribuye semejantes riquezas por medio de la celebración del V. Sacrificio. Considera, pues, que el sacerdote que celebra una sola Misa practica la Obra más venerable que existe en la Iglesia, porque á la manera que la entrega que Jesús hizo de sí mismo á los judíos en el acto de la Crucifixión fué la obra más santa y excelente que el Señor ejecutó en la tierra, así la S. Misa, reproducción viva de esa Acción tremenda, es también la Obra más venerable y excelente del mundo. Lo segundo, este divino Sacrificio es la Obra en que más se honra Dios y en que más agradamos á Jesucristo y á la Corte celeste. La santa Misa es, en efecto, ese sacrificio de alabanza que honró al Padre, y le ha dado más gloria que los actos meritorios de los apóstoles y mártires y confesores y vírgenes y penitentes. Lo tercero, es la Obra en que hallamos mayores provechos, porque en Ella está el camino por donde se nos muestra la salud de Dios. ¡Oh cuán preciosa es la celebración de una sola Misa! El

sacerdote que celebra, transformado en un Dios-Hombre que aboga por la humanidad cerca de la Divinidad! ¡El sacerdote, rodeado de espíritus angélicos y ostentando en sus venerables manos el Hijo de Dios sacramentado! El sacerdote por esta Acción es más agradable al Señor que todos los justos reunidos, es más digno que las potestades más altas de la tierra y superior á todas las del cielo, excepción hecha del Omnipotente. Gózome, Dios mío, por el poder que habéis dado á vuestros ministros sagrados, que cede en beneficio mío. He de procurar en adelante mandar celebrar alguna Misa para que á Vos resulte la gloria que la fe me enseña, y á mí los bienes que la experiencia me acredita.

Punto II.—En ayudar la S. Misa hay grandes riquezas y se nos consiguen bienes sin tasa. Pondera, pues, lo primero que el que asiste al sacerdote practica el oficio de ángel; porque así como los angélicos espíritus sirven inmediatamente á Cristo, N. S., así los que ayudan Misa sirven al sacerdote que representa á Jesucristo; y para que comprendas la dignidad altísima á que son elevados los que asisten al ministro de Dios, sabe que el mismo Salvador y los ángeles y los santos han ayudado prodigiosamente al sacerdote celebrante. Pondera lo segundo que, efecto de servir al sacerdote en la Misa, se consiguen bienes espirituales inmensos; primero, los mismos bienes que adquieren los que asisten al Sacrificio, y segundo, gracias singulares en razón á que se hallan más inmediatos á la Hostia inmaculada, viniendo á ser como concelebrantes del sacerdote. Si tu sexo no te permite dedicarte á este angelical ministerio, al menos procura unirte en espíritu á los que ministran al presbítero, deseando obtener los bienes espirituales que ellos consiguen y asistiendo con gran devoción al Sacrificio. Gracias os doy ¡oh mi Jesús! por estos nuevos medios de santificación que me proporcionáis y os pido que los ponga en práctica, siempre que las obligaciones de mi estado lo permitieren, para obtener los favores que por ellos concedéis.

Mas, ¡Vos, Señora del mundo, Madre mía! seréis la que me habéis de ayudar á obtenerlos.

MEDITACIÓN XXIII

Riquezas del S. Sacrificio de la Misa.

(Continuación.)

Figúrate que mientras se celebra la Misa hay en el Altar una fuente abundantísima, siendo Jesucristo quien distribuye sus aguas saludables á cuantos se acercan á beberlas.

Punto I.—En la santa Misa existen riquezas sin cuento. Quien oye una Misa asiste al Sacrificio del Calvario, y si en éste hubo grandes conversiones y se darramaron á torrentes favores inmensos, también por asistir al Sacrificio del Altar se perdonan los pecados veniales y se dispone al pecador que está en pecado grave para que salga de su mal estado. En segundo lugar, se alcanzan muchos méritos, porque hasta los pasos del que va á oirla se enumeran en el Libro de la vida; crecen los bienes temporales; nos libramos de peligros inminentes y de horribles tentaciones; aumentáenos el amor de Dios y conseguimos el remedio de muchas necesidades más, particularmente las que se refieren á nuestra salvación. El Señor no nos ha concedido el tiempo para que lo empleemos todo en los negocios temporales, porque antes que lograr éstos debemos asegurar el negocio principal, que es la posesión de la Gracia divina; por manera que si tú, olvidándote del modo con que debes emplear el tiempo, lo ocupas todo en bagatelas ó negocios mundanos, que no conducen al fin último, trastornas el orden de la Providencia, y pospones lo necesario á lo útil, si es que verdaderamente son así muchos negocios temporales. El Salvador trató de necio á cierto individuo que, ocupando el tiempo

de su vida en allegar bienes temporales, una noche en que se le pidió el alma, no pudo responder con ningún bien espiritual, por lo cual perdióse para siempre. Aprovechate, por lo tanto, de esta lección y procura allegar bienes en el cielo donde la polilla roer no puede, y uno de estos bienes, que costaría muy poco de ganar, consiste en oír diariamente la santa Misa, por medio de la cual te librarías de muchos peligros y alcanzarías gracias especiales que asegurarían tu salvación.

Punto II.—El adorable Sacrificio del Altar consigue además favores, no sólo á los que celebran, á los que ayudan y asisten á Él, sí que también á toda la Iglesia. Reflexiona, pues, que es de gran consuelo persuadirse que participamos de todos los sacrificios que en el mundo se celebran, y que mientras nos ocupamos en otros quehaceres domésticos y sociales adquirimos méritos por dicha participación, como asimismo cedemos á los demás parte de los méritos que alcanzamos con asistir personalmente al Sacrificio. ¡Ah! que bella es la Religión Católica! Ten en cuenta, además, el respeto que se merecen las personas y cosas sagradas que sirven al Sacrificio de la Misa, qué veneración los templos, moradas de Cristo Sacramentado, de cuánto miramiento los altares, los vasos sagrados y demás utensilios del Sacrificio, y de cuánta honra los sacerdotes, ministros de Dios, medianeros nuestros que nos abren las puertas del cielo. Aprende á estimar debidamente estas personas y cosas humano-divinas y á no hacer caso ninguno del comportamiento del mundo respecto del particular, porque siendo el mundo enemigo de Dios, también lo es de las personas y cosas eclesiásticas; antes bien, con resolución santa practica con devoción los ejercicios religiosos, sobre todo la Santa Misa, la cual oirás con frecuencia y puntualidad. Propón enmendarte de tus faltas y de armarte de santas resoluciones.

¡Oh Jesús Sacramentado! Que tenga resolución firme de no hacer caso del mundo en cosa alguna. ¡Virgen, Señora mía! Ayudadme á obtener esta merced con vuestro poderoso valimiento.